

*Plaza pública*

para la edición del 8 de septiembre de 1994

## Los dineros de Cabal

Miguel Ángel Granados Chapa

Nos preguntamos si Jacques Rogozinsky tropezó dos veces con la misma piedra, llamada Carlos Cabal Peniche. Primero, al vender el Banco de Cédulas Hipotecarias a ese empresario expuesto hoy a ser aprehendido, y luego al prestarle cien millones de dólares.

Se dirá que personalizo en exceso, porque dicho servidor público, actualmente director general de Banobras, no asume individualmente las decisiones en que participa. Pero se le ha llamado, no sin dejos de admiración, el vendedor más grande de México, porque cuando fue jefe de la unidad de desincorporación de entidades paraestatales, tuvo a su cargo la mayor parte del proceso de privatización. Su actuación se ciñó al dictamen de grupos de decisión, pero es conocido el peso que los ejecutivos tienen en las deliberaciones de consejeros y comisionados.

El Banco de Cédulas Hipotecarias salió a la venta el 16 de agosto de 1991, pero ya antes el presidente Salinas había instado a los consejeros regionales de ese banco, a la cabeza de los cuales se hallaba Carlos Cabal Peniche, a interesarse en la adquisición de una sociedad nacional de crédito que impulsara el desarrollo de su comarca. Quizá en espera de que se reuniera el número de

accionistas que diera representatividad a la institución, el 27 de septiembre de amplió el plazo para la realización de la subasta.

Esta se llevó a cabo el 8 de noviembre. Se recibieron cuatro propuestas: del Grupo Finamex, representado por Eduardo A. Carrillo Díaz y José Guarneros; de Multiva Grupo Financiero, representado por Hugo S. Villa Manzo y José P. Zollino García; Grupo Creel, representado por Eduardo Creel Cobián y Juan M. Gutiérrez Wanless; y el Grupo del Sureste, representado por Cabal Peniche y Carlos Bracho González.

La Comisión Intersecretarial de Gasto Financiamiento acordó el 10 de noviembre asignar el banco al grupo de Cabal, por haber presentado la postura más alta, 508,967 millones de pesos, unos nueve mil millones por encima de la del Grupo Creel. A la postre, los nuevos dueños resultaron pagando menos. En primer lugar, el contrato de compraventa se firmó con una leve quita de 310 millones, y un año después el comité de desincorporación bancaria solicitó a la Tesorería de la Federación que se devolviera a BCH la nada despreciable suma de 75 mil millones, "por correcciones a los resultados de la calificación de la cartera de créditos". De modo que en último terminó el grupo de Cabal pagó 803, 360 millones, una parte de los cuales fue cubierta a plazos, con tasa de interés equivalente a la de Cetes a 28 días. Ahora que se ha evidenciado el estilo financiero de Cabal, podemos presumir que quizá del mismo cuero salieron laas correas, es decir que el banco dio para comprar el banco.

Cabal dio a conocer la lista de los quince miembros del grupo de control, entre los que se encontraban, además de Bracho González y él mismo, Ricardo Armas Arroyo, Fernando Pazos de la Torre, Ariel Rosique Palavicini, Jorge René Domínguez, Jorge Calles y otras personas. Más allá de la importancia regional de esos nombres, sobresalían en la lista los de David Gustavo Gutiérrez, político de fuste en los años setenta y ochenta, y Homero Díaz Garza, contador público muy próximo a Ramón Aguirre,, que lo hizo oficial mayor de la Procuraduría del Distrito, delegado en Tláhuac y diputado federal. Algunos de ellos figuran todavía como miembros, propietarios y suplentes, del consejo de Banca Unión, o de su comisariato.

En esa ocasión ocurrió el primer tropezón de Rogozinsky con Cabal Peniche. Uno de los principios rectores de la privatización de la banca consistía en "vincular aptitud y calidad moral en su administración con un adecuado nivel de capitalización". Y si bien no era deseable, ni en ese ni en ningún otro caso, dejarse llevar por el chismorreo, es claro que las sombras que circundaban a la personalidad de Cabal debieron ser atendidas, pues en la banca la fama pública es un activo difícilmente valuable. Y la de Cabal estaba al menos en cuestión. El reportero Ignacio Rodríguez, dotado de buena información de los círculos financieros, pudo escribir de él que "su rápido ascenso empresarial ha llevado a que se despierten suspicacias respecto al origen de su fortuna".(Mira., No. 93, 2 de diciembre de 1991).

Esa fama, la sombra sobre el súbito enriquecimiento de que hacía ostentación, es la verdadera médula en el asunto de Cabal, más todavía que los manejos financieros al frente del banco, aunque no sean pasables por alto. El voraz apetito comprador de Cabal (del que ayer dimos cuenta, en una rala, muy incompleta lista de sus adquisiciones) no había hecho, al paso del tiempo, más que subrayar la curiosidad sobre el origen de sus centavos. Y sin embargo, no se le mantenía en entredicho. En octubre de 1993, Banobras le prestó cien millones de dólares. Es sabido que ese banco sirve lo mismo para un barrido que para un fregado. Por sólo citar operaciones conspicuas vale recordar la crucial asistencia que permitió salvar al Grupo Alfa, en 1979; y el financiamiento para la compra del diario unomásuno por su actual director. Por eso no extraña que, en vez de aplicar todos sus recursos a atender necesidades municipales urgentes, se comporte como una institución cualquiera y realice operaciones interbancarias. No barrunto que haya en ellas irregularidad formal alguna. Digo que el dinero público debe ser aplicado a solventar urgencias públicas, no a propiciar negocios privados.

Es cierto, por lo demás, que "el banco del federalismo" no resintió perjuicio en su patrimonio, pero salvo que Rogozinsky siga el saludable principio de no atender rumores, parece claro que al tropezar por segunda vez con Cabal (pues le ofreció la oportunidad de desviar esos importantes recursos) no tuvo presente la duda ampliamente extendida sobre el origen de los dineros de Cabal.

PLAZA PÚBLICA  
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# Los dineros de Cabal

Cuando le fue adjudicado el Banco de Cédulas Hipotecarias al empresario que hoy está en trance de ser aprehendido, ya había generado suspicacia como para tener reparos sobre su calidad moral, uno de los criterios para la asignación respectiva.



Nos preguntamos si Jacques Rogozinsky tropezó dos veces con la misma piedra, llamada Carlos Cabal Peniche. Primero, al vender el Banco de Cédulas Hipotecarias a ese empresario expuesto hoy a ser aprehendido, y luego al prestarle cien millones de dólares.

Se dirá que personalizó en exceso, porque dicho servidor público, actualmente director general de Banobras no asume individualmente las decisiones en que participa. Pero se le ha llamado, no sin dejos de admiración, el vendedor más grande de México, porque cuando fue jefe de la unidad de desincorporación de entidades paraestatales, tuvo a su cargo la mayor parte del proceso de privatización. Su actuación se ciñó al dictamen de grupos de decisión, pero es conocido el peso que los ejecutivos tienen en las deliberaciones de consejeros y comisionados.

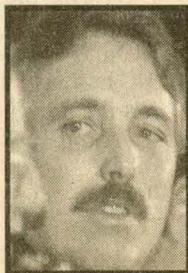
El Banco de Cédulas Hipotecarias salió a la venta el 16 de agosto de 1991, pero ya antes el presidente Salinas había instado a los consejeros regionales de ese banco, a la cabeza de los cuales se hallaba Carlos Cabal Peniche, a interesarse en la adquisición de una sociedad nacional de crédito que impulsara el desarrollo de su comarca. Quizá en espera de que se reuniera el número de accionistas que diera representatividad a la institución, el 27 de septiembre se amplió el plazo para la realización de la subasta.

Esta se llevó a cabo el 8 de noviembre. Se recibieron cuatro propuestas: del Grupo Finamex, representado por Eduardo A. Carrillo Díaz y José Guarneros; de Multiva Grupo Financiero, representado por Hugo S. Villa Manzo y José P. Zollino García; Grupo Creel, representado por Eduardo Creel Cobián y Juan M. Gutiérrez Wanless; y el Grupo del Sureste, representado por Cabal Peniche y Carlos Bracho González.

La Comisión Intersecretarial de Gasto Financiamiento acordó el 10 de noviembre asignar el banco al grupo de Cabal, por haber presentado la postura más alta, 878 mil 360 millones de pesos, unos nueve mil millones por encima de la del Grupo Creel. A la

postre, los nuevos dueños resultaron pagando menos, ya que un año después el comité de desincorporación bancaria solicitó a la Tesorería de la Federación que se devolviera a BCH la nada despreciable suma de 75 mil millones, "por correcciones a los resultados de la calificación de la cartera de créditos. De modo que en último término el grupo de Cabal pagó 803 mil 360 millones, una parte de los cuales fue cubierta a plazos, con tasa de interés equivalente a la de Cetes a 28 días. Ahora que se ha evidenciado el estilo financiero de Cabal, podemos presumir que quizá del mismo cuero salieron las correas, es decir que el banco dio para comprar el banco.

Cabal dio a conocer la lista de los quince miembros del grupo de control, entre los que se encontraban, además de Bracho González y él mismo, Ricardo Armas Arroyo, Fernando Pazos de la Torre, Ariel Rosique Palavicini, Jorge René Domínguez, Jorge Calles y otras personas. Más allá de la importancia regional de esos hombres, sobresalían en la lista los de David Gustavo Gutiérrez, político de fuste en los años setenta y ochenta, y Homero Díaz Garza, contador público muy pró-



Jacques Rogozinsky dirigió la unidad de desincorporación de empresas públicas y ahora dirige

el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, y en ambas posiciones ha tenido que ver con Carlos Cabal, con quien tropezó dos veces.

ximo a Ramón Aguirre, que lo hizo oficial mayor de la Procuraduría del Distrito, delegado en Tláhuac y diputado federal. Algunos de ellos figuran todavía como miembros, propietarios y suplentes, del consejo de Banco Unión, o de su comisariato.

En esa ocasión ocurrió el primer tropiezo de Rogozinsky con Cabal Peniche. Uno de los principios rectores de la privatización de la banca consistía en "vincular aptitud y calidad moral en su administración con un adecuado nivel de capitalización". Y si bien no era deseable, ni en ese ni en ningún otro caso, dejarse llevar por el chismorre, es claro que las sombras que circundaban a la personalidad de Cabal debieron ser atendidas, pues en la banca la fama pública es un activo difícilmente valuable. Y la de Cabal estaba al menos de cuestión. El reportero Ignacio Rodríguez, dotado de buena información de los círculos financieros, pudo escribir de él que "su rápido ascenso empresarial ha llevado a que se despierten suspicacias respecto al origen de su fortuna" (*Mira*, No. 93, 2 de diciembre de 1991).

Esa fama, la sombra sobre el súbito enriquecimiento de que hacía ostentación, es la verdadera médula en el asunto de Cabal, más todavía que los manejos financieros frente al banco, aunque no sean pasables por alto. El voraz apetito comprador de Cabal (del que ayer dimos cuenta), en una rala, muy incompleta lista de sus adquisiciones no había hecho, al paso del tiempo, más que subrayar la curiosidad sobre el origen de sus centavos. Y sin embargo, no se le mantenía en entredicho. En octubre de 1993, Banobras le prestó cien millones de dólares. Es sabido que ese banco sirve lo mismo para un barrido que para un fregado. Por sólo citar operaciones conspicuas vale recordar la crucial asistencia que permitió salvar al Grupo Alfa, en 1979; y el financiamiento para la compra del diario *unomásuno* por su actual director. Por eso no extraña que, en vez de aplicar todos sus recursos a atender necesidades municipales urgentes, se comporte como una institución cualquiera y realice operaciones interbancarias. No barrunto que haya en ellas irregularidad formal alguna. Digo que el dinero público debe ser aplicado a solventar urgencias públicas, no a propiciar negocios privados.

Es cierto, por lo demás, que el "banco del federalismo" no resintió perjuicio en su patrimonio, pero salvo que Rogozinsky siga el saludable principio de no atender rumores, parece claro que al tropezar por segunda vez con Cabal (pues le ofreció la oportunidad de desviar esos importantes recursos) no tuvo presente la duda ampliamente extendida sobre el origen de los dineros de Cabal